

WAGNERIANA CASTELLANA Nº 8 AÑO 1993

TEMA 5: WAGNERIANISMO

TÍTULO: **WAGNER POLÉMICO**

AUTOR: *Miquel Payán*

Si ahondamos en la vida de los grandes genios musicales, debemos reconocer que, en abundantes casos, han padecido días de privación, desengaños, amores fatales, incomprendimientos, enfermedades y hasta desvaríos que les han causado la muerte. Algunos han terminado su vida abandonados por una sociedad cruel. Recordemos el final del inmortal Mozart y también el de Schubert entre otros. En el campo de la Literatura ha habido asimismo casos dolorosos.

Por otra parte, reconozcamos que otros grandes compositores se han visto beneficiados, desde sus primeros años, por una base social y familiar económicamente segura. Por ejemplo Mendelssohn, Liszt, Saint-Saëns, etc. Otros han luchado con gran tesón y han podido llegar a disfrutar buena parte de su vida del aplauso y la gloria. Verdi, Meyerbeer, Massenet, etc. Autores que han sabido acomodarse al gusto de la época. Como Verdi, por ejemplo, quien en sus comienzos tuvo la gran suerte de que el vulgar coro de su ópera Nabuco, su significado, encajara en el sentimiento del pueblo italiano entonces oprimido. Fue la bandera reivindicadora y política. Aquello le abrió las puertas para el éxito seguro de todas sus adocenadas óperas. Un coro que, por cierto, no expresa ningún sentimiento doloroso ya que está escrito en tiempo terciario o de vals lento.

Otros compositores del clasicismo sólo pudieron vivir del favor de los grandes magnates, de los príncipes y de la Iglesia. Pero no les lució el pelo, a pesar de componer obras a centenares: Bach, Handel, Mozart, Haydn, etc. Todos ellos vivieron acomodados al gusto empolvado de la época, escribiendo música plácida que no conturbara el buen vivir de aquella sociedad aristocrática.

Hasta que no llegó el romanticismo, el arte no tuvo la suerte de ser “ventilado”. Y aquel dichoso y glorioso siglo XIX fue la cuna de un porvenir revolucionario y creativo de las Bellas Artes en todos sus campos.

Desgraciadamente, en el presente siglo se va destruyendo todo lo bello que nos legaron nuestros padres.

Beethoven, con su Tercera Sinfonía, fue el primero en romper los arcaicos moldes de la música y le siguió la belleza romántica de Schubert, Schumann, Brahms, Berlioz y la moderna de Wagner, Strauss, Tchaikovsky, Debussy, etc. Todos dejaron enseñanzas que los actuales “genios” (¿genios? ¿es que hay genios hoy?) no han querido aprovechar, convirtiéndose a la vez en detractores... Eso sí ¡muy académicos!

Por otro lado, en Italia, país latino donde, lógicamente, no se adaptaba el espíritu germano, se creó el “verismo”. Otra forma también de expresión musical. Sin embargo, el viento wagneriano en los últimos tiempos de Mascagni les trajo la bienvenida. Pues hasta Massenet en su “Werther” y en alguna otra de sus obras echó mano del “leit-motiv”. Sin olvidar que Verdi en sus últimas óperas “Aida”, “Otelo” y “Falstaff”, no pudo resistirse a la corriente wagneriana.

Ahora bien, si analizamos la vida del gran maestro de Leipzig observaremos en ella como se ha enjuiciado el edificante legado que dejó para la historia de la música. En las biografías de los más relevantes músicos no encontraremos lucha tan enconada para librarse de la impopularidad ni una aversión tan difamatoria sobre su vida y hasta de su humanidad como la que, hasta hoy mismo, ha sufrido Wagner.

La indiferencia se ha mostrado patente incluso en Barcelona, que antaño fue una de las capitales de Europa donde su obra fue más divulgada, con el apoyo de la “Associació Wagneriana” fundada por el eximio musicólogo Joaquín Pena. Donde sus óperas fueron traducidas al catalán y donde, en el Gran Teatro del Liceu, el escenógrafo Mestres Cabanes dedicó su más encendida inspiración para crear los decorados correspondientes. Donde el gran tenor Viñas sorprendió a los amantes de la ópera cantando en catalán el “Parsifal”. La indiferencia está demostrada. Ni en conmemoración del día de su nacimiento, ni en memoria de su fallecimiento, se han organizado homenajes relevantes. Las comparaciones son siempre odiosas. Pero no puede olvidarse que, con motivo del nacimiento de Mozart, Barcelona se ha volcado durante un año entero, mediante todos los medios de comunicación, a divulgar con

inusitada insistencia sus melodías. Es curioso escuchar opiniones como la de que Barcelona es *mozartiana*, cuando sus óperas se programaban antes contadas veces en el Gran Teatro del Liceu y, en conciertos, alguna que otra vez. En cambio, se ejecutaban a granel óperas de Verdi, Donizetti y Bellini, figurando cada temporada hasta tres y cuatro títulos de estos compositores. Durante un año el recuerdo de Mozart ha pasado de boca en boca con gran énfasis, como un gran descubrimiento o como la moda del año. Admiro la gran capacidad productiva de Mozart y sus refinadas melodías, pero hablemos de Wagner.

Wagner conoció en su juventud un ambiente musical y poético todavía en auge, cargado de clasicismo inmóvil. Para vivir, aceptaba cargos y trabajos propios de la época. Su ideal renovador se despertó viendo las óperas de Weber y adivinó que aquello podía constituir la base de sus motivos revolucionarios para empezar la creación de una música que significara verdaderamente los valores auténticos de la vida, con sus sensaciones más humanas. Y empezó a dar a conocer su mensaje. Su música del porvenir. Su drama musical. La escenificación de sus poemas. La música al servicio de la comprensión, rompiendo la farsa teatral el boga. Donde la música sólo era una vulgar compañera de las estentóreas habilidades vocales de los divos. Como todo revolucionario, creador de conceptos contrarios a los establecidos, fue víctima de la incompreensión y rechazado. Jamás se ha conocido compositor tan criticado. Hasta su vida íntima ha creado infundios. Se le ha conceptuado como un vividor, como un vanidoso, como un seductor, amante de esposas ajenas, y demás falsedades. Y, a pesar de los años transcurridos durante los cuales se han podido esclarecer todos los avatares de su vida, lamentablemente, en ciertas conversaciones en las que su persona ha salido a la palestra, sigue actualmente el encono despreciativo. Respeto el parecer de las personas que confiesan no gustarles su música. Pero lo que no se puede aceptar es lo que recientemente he escuchado a un señor que parecía culto: “Yo ODIO a Wagner”.

Lamentablemente, siento que la obra del gran maestro sea rechazada por una gran mayoría. Indudablemente, la minoría a la que pertenezco, como ferviente admiradora de Wagner, no llegará a consolidarse en estos tiempos en

los que la Cultura, en todos sus aspectos, se está “descafeinando”. Pero no siento pertenecer a esta minoría ya que siempre han sido las minorías asilo de lo mejor.

El motivo de este “antiwagnerismo” se puede comprender si examinamos el “porqué”. Para penetrar en el fundamento de la filosofía wagneriana y de su inspirada obra es necesario, ante todo, querer hacerlo. Es indispensable, también, tener conocimientos suficientes en el campo musical para “bucear” en la trama orquestal de sus óperas y conocer el significado de sus temas respectivos. Saber observar como lo que dice la partitura está traduciendo lo que se vive en la escena. Y, sobre todo, tener la suerte de haber conocido un mentor que haya dado la mano al interesado por la obra del maestro. Un interesado que haya soslayado y menospreciado criterios dudosos.

Motivos que se pueden añadir a la intolerancia de los detractores son los que siempre se observan a las personas que no entienden o no quieren entender algo que está por encima de sus posibilidades intelectuales y se agarran a lo estabilizado. Es la defensa del que posee algo que le va bien y detesta cuanto cree puede significar una renuncia de sus convicciones.

La batalla antiwagneriana ha llegado al extremo de que la escena de sus óperas y hasta sus personajes se estén ridiculizando actualmente en los grandes escenarios. El gusano siempre se nutre de la fruta buena...

¿Cuándo terminará este vejamen? ¿Cuándo se escuchará a las minorías defensoras de la dignidad de las Bellas Artes?